

Tres Novelas Chilenas

"Juan del Agua", de Luis Vulliamy.

"Las Furias y las Vírgenes", de Lautaro Yankas.

"Según el Orden del Tiempo", de Juan Palazuelos.

DESDE AFUERA suele verse con distinta dimensión el desarrollo literario del país. En encuesta reciente, promovida por un conocido semanario, se vertieron opiniones, por lo general inconformistas, acerca de las obras decisivas de 1962. No he alcanzado a revisar todo lo impreso en Chile, entre otras razones por las imperiosas de tener que cautelar los derechos de mi patria en el Pacífico, discutidos en el Plata, como es notorio. Esto quita tiempo y hace descuidar lecturas y afanes eruditos.

En una tregua diplomática, he procurado ponerme al día y escoger entre los centenares de volúmenes que aguardan su turno para ser examinados.

No parece ser el año que termina de los más pobres, aunque se registran menos revelaciones que en anteriores. Dominan la novela y el cuento sobre la poesía, mientras se advierte la parvedad del ensayo.

Separé tres novelas, de diverso tipo, entre varias docenas de obras. La primera significa una innovación en la reducida producción indigenista de nuestra tierra: Juan del Agua, de Luis Vulliamy; la segunda, representa un cambio de tema y escenario en un autor consagrado: Las Furias y las Vírgenes, de Lautaro Yankas (Manuel Soto Morales), y la última, un curioso experimento, con aciertos y fallas, de un escritor novel, Juan Agustín Palazuelos, que se estrena con el relato Según el orden del tiempo (Zig-Zag, 1962).

En Juan del Agua se exhibe un escenario no por conocido menos tratado, en la narrativa nacional. Ya es un lugar común de la crítica la observación de que el indio araucano se ha mestizado casi en su totalidad. En su reciente estudio titulado El Indio en la Novela de América, la notable catedrática argentina Aida Cometta Manzoni expresa lo siguiente: "Desde luego, no es rica ni de honda calidad, esta literatura que en Chile repara en el indio y tampoco llega a adquirir el interés y el desarrollo que presenta en los países que ya hemos examinado". (Perú, Bolivia, Ecuador, México, Centroamérica, Estados Unidos). Faltaría, también, citar el Caribe, donde se encuentra un antecedente de este género en el Enriquillo, de Manuel de Jesús Galván.

Antes de Vulliamy se afronta el tema en dos novelas de Lautaro Yankas: Flor Lumao (1932) y El Vado de la Noche (1955). Mariano Latorre también se interesó por presentar problemas derivados de la colonización en Mapu, y varios cuentos que eran resultado de su experiencia en la zona de Cautín, donde residió en diversas temporadas de su laboriosa vida.

La marginalidad del araucano y su creciente mestización se han opuesto a un tratamiento en profundidad de la existencia de un sector social y económico de la nacionalidad que Luis Vulliamy reveló en Piam... (1957), donde pinta los valles y cerros que cruzan o bordean el Ahueco, el Collin, el Peu Peu y el Dollinco, ríos y esteros de aguas claras y mansas.

En Juan del Agua surge una visión realista, pero poética de un mundo primitivo, en que convive el supersticioso residuo de las viejas creencias araucanas con la codicia de los colonos y terratenientes criollos. En la trama sencilla y escasamente complicada de la ficción se presenta el contraste de dos mentalidades, y se enclava el argumento, como es habitual en este tipo de obras, en la tradicional lucha por la tierra y el agua, vinculada a la primera. El protagonista Cheuque Quidel es un símbolo del amor al suelo natal, a la supervivencia de la raza aborígen en su secular duelo con invasores que, aunque representen cierto progreso agrario y técnico, lo fundamentan en el abuso y la arbitrariedad. Es de simplicidad emotiva la aparición de Cheuque Quidel, afinado a su amor a los pinos nativos. "Se alegraba si a alguno le bro-

taba la piña semillera; compadecía a los torcidos; lamentaba la fuerza del viento que revolvia las copas y solía destrozar a los débiles. Cheuque no se cansaba de recorrer el pinar, ni de admirar su soledad y cada una de sus interminables sorpresas. Rara era la esencia desprendida del bosque. Algo inexplicable diseminaba su calma. Una lechuza, un zorro, palotes, hongos, cuya piel lucía encajes inverosímiles, la madriguera que una liebre escribaba junto a una raíz y el viento verde, y la alfombra de musgo o de agujilla muldada..." (Página 15).

Expresa un crítico que los novelistas deben saber conquistar a sus lectores, obteniendo una disponibilidad total, una atención sin desfallecimiento. El libro de Vulliamy, sin innovar en la técnica tradicional de nuestros escritores realistas, consigue infundir una atmósfera de veracidad y de humano relieve, en la mayoría de sus personajes. La lucha colectiva de los campesinos mapuches, su esfuerzo por abrir un camino en el sitio en que estaba unido abandonado, para superar el bloqueo



LAUTARO YANKAS

impuesto por los Albián (los terratenientes vecinos) constituyen valores esenciales de Juan del Agua, que enriquece la pequeña producción literaria sobre el indio, en nuestra narrativa. Juan Quidel se encuentra bien diseñado, con una disección de sus móviles íntimos y su psicología, no siempre accesible para mentalidades modeladas en el medio urbano. Vulliamy no ha compuesto una novela de tesis, ni se ha dejado mover por ningún sectarismo. Sin embargo, su simpatía hacia el indio, a veces idealizado, salva los obstáculos casi siempre visibles de los alegatos indigenistas. Están ya lejanos los días en que Huasipungo, de Jorge Icaza, extendió un modelo de alegato en que la realidad solía aparecer deformada por un enfoque unilateral. Aquí no se perciben seres buenos enfrentando a los malos, sino que se analiza un conflicto extraído de la frontera. Se siente simpatía pronto a Juan del Agua y a los demás indios, mancomunados por un espíritu de cuerpo que trae a la memoria el hermoso relato de José María Argüedas, Wawar Fiesta (1941). El valor de este par de libros paralelos lo constituye el predominio de lo colectivo sobre lo individual, a causa del vigoroso resorte social y el impetuoso solitario extraído de la raza. Sin que haya influencia de Argüedas en Vulliamy, se capta pronto la similitud de sus vivencias artísticas. Todavía el novelista adolece de pequeños defectos y no conforma lo suficiente su estilo, pero todo ello aparece como minucia frente a su originalidad y a su espontánea frescura descriptiva.



Crónica
Literaria
por
Ricardo
Latcham.

Entre los criollistas de una generación posterior a Latorre, Santiván y Maluenda, se ha perfilado por su constancia y poder de observación, el escritor Manuel Soto Morales, más conocido por el seudónimo de Lautaro Yankas. Se inició literariamente, en 1925, con La Bestia Hombre, que comentó entonces, en la revista Zig-Zag. Sus obras más sólidas y bien cimentadas en el estudio de los caracteres y las situaciones dramáticas son Flor Lumao (1932) y El Vado de la Noche (1955). Esta última obtuvo el Premio Latinoamericano de Literatura en el Certamen de la Unión de Universidades del Continente. Agregó, por mi cuenta, que Lautaro Yankas, aparte de una colección de cuentos de Latorre y de escasas producciones narrativas, es considerado, fuera de Chile, como el más decisivo de los novelistas nacionales que se han ocupado en el indio del sur. Por eso, su reciente volumen Las Furias y las Vírgenes, constituye un salto brusco en su línea habitual, y algo quizá sorpresivo para la crítica.

El plan de la narración es ambicioso y pretende penetrar en el mundo santiaguino del arte, en un enredo basado en el fracaso del matrimonio del escultor Pablo y de la rica y hermosa criolla Amalia. La riqueza de esta mujer, cuya extracción social es modesta, plantea diversos conflictos a Pablo, individuo complicado, que vivió en Europa y, a su regreso, siente, de nuevo, la atracción del terruño, tanto en lo sexual como en la amistad y el estilo de vida de diversos personajes. Quiero creer que Lautaro Yankas ha pretendido en su último volumen presentar una especie de visión sintética de la sociedad chilena en el período de transición presente. Dije que la obra es ambiciosa por el excesivo número de personajes que pasan, a veces confusamente, por prolijas descripciones y detallistas cuadros de costumbres actuales. El ritmo impreso al relato es lento y los primeros capítulos se sumergen en un ambiente sofisticado y no siempre dominado por la naturalidad. El proceso de la desintegración matrimonial saca a luz el poder analítico de Lautaro Yankas y alcanza interés cuando surge la mejor figura femenina del libro, Ana Garcés, la hermana de Carlos, el compañero de Pablo. Creo que Yankas cometió el error de introducir demasiados episodios, cuya interpolación destruye, a veces, la fluidez del argumento. La morfología de diversos personajes secundarios (el escritor, vendedor de cuadros, muy parecido a una figura del mundo literario santiaguino, el pintor asesinado en Viña del Mar, etc.) obstaculizan más que facilitan el hilo argumental, perdido, a menudo, entre divagaciones y diálogos en que el autor se complace con pérdida de la autocritica indispensable.

En cambio, abundan las estampas extraídas del diario acontecer, como el ladrón Samuelito, de humor criollo; el roto Araya, muy sostenido en su perfil chileno y popular, aparte del acierto psicológico de dos o tres capítulos finales consagrados a situar el reencuentro espiritual de Pablo y Ana, después del equivocado matrimonio con Amalia.

En resumen, Las Furias y las Vírgenes comprueba que Lautaro Yankas, a pesar del esfuerzo desplegado y de éxitos parciales, no se mantiene firme en su evocación de una sociedad tan distinta de la revelada en sus libros más celebrados. Realizar es encarnar, dice Guy Michaud, en su reciente estudio sobre la obra y sus técnicas. Y no siempre se exhibe un resultado semejante en una trama laboriosa, complicada y no dirigida, a menudo, con la seguridad que debe exigirse a un diestro narrador como es Lautaro Yankas.

Zag, 1962), se palpa un clima diverso al de anteriores novelistas, y se ha querido ver, en él, un humanista. En verdad, en Chile, a partir de los últimos dos decenios, aumenta el número de prosistas y poetas surgidos de la Universidad, con preocupaciones modernas y un sentido rebelde frente a la vida, que no siempre posee una raíz política. Podrían citarse escritores al estilo de Jaime Valdívieso, Cristián Huneeus, Antonio Avaria, Poli Délano, Armando Cassigoli y Edmundo Palacios, algunos comunistas y comunizantes, varios católicos y otros indiferentes a los dogmas. Lo concreto es que las nuevas generaciones alientan una convicción firme de la necesidad de reemplazar la criolla indisciplina y autodidactismo por una sólida técnica o la búsqueda del oficio. Desde un punto de vista generacional, Palazuelos parece pretender la persecución de un orden, sin apuro. En Según el orden del tiempo no se elabora una acción ardua ni meticulosa; pero, en cambio, el argumento está planteado en primera persona, con alteraciones de la secuencia tradicional y un abuso, a veces pedantesco, del diálogo. La prosa es correcta, pero entrecortada y, en ocasiones, el jadeo persigue al lector con un ritmo pesado que después se libera, a medida que se capta el hilo psicológico de un asunto enquistado en la rebeldía juvenil.

Palazuelos maneja un ojo irónico y liviano que se desliza sobre la realidad aparente y la perfora con su estilo inconformista. La estructura se halla bien conformada, cuando se desmonta el mecanicismo interior de los personajes y sus móviles secretos. El libro interesa y provoca reacciones enconadas, lo que es un síntoma de su valor. Tanto el narrador (la primera persona), como Hexe (la mujer eje del argumento), el padre, efigie de la rutina convencional y socialmente niveladora; Leonidas (la más desdibujada estampa del conjunto), y Alain, protagonista intelectualizado, ensambalan un grupo humano donde cobran movimiento los problemas actuales y también la angustia.

Sería tarea fácil descubrir fallas y pedanterías conceptuadas en Según el orden del tiempo, pero es más útil comprender la intención del autor y su emplazamiento vital a un orden estimado falso y a unos moldes dominados por lo aparental. La acción se desdobra y rompe los montajes rutinarios con un estimulante dinamismo.

Es interesante, además, comprobar que en Chile aparecen simultáneamente tres tipos de narraciones, tan diversas y alejadas, más que por la edad de los autores, por la idea que sostienen de la estructura novelística. Mientras Vulliamy no se aparta del realismo, al que reviste de una fresca atmósfera lírica, Yankas pretende atrapar una totalidad nacional en un fresco descriptivo, deteriorado por el excesivo detallismo, y Palazuelos avanza por un camino nuevo, pero lleno de peligrosos escollos.

Considerando que la revelación de un escritor audaz y bien dotado no siempre cuenta con el apoyo editorial, merece un aplauso la impresora Zig-Zag al acoger plumas todavía no consagradas. Además, no siempre los consagrados se renuevan y, en ciertos casos, señalan la muerte literaria o la repetición aterradora. También es importante destacar que las polémicas provocadas por la discutida Generación de 1950 han contribuido a sacar a flote a los autores inéditos. El mérito literario y la responsabilidad intelectual abundan en Chile, a pesar de los agoreros, los envidiosos y los pesimistas. Pero, además, es conveniente sacudir la rutina y la inercia de los editores, que deben contribuir a vivificar el ambiente cultural y ensancharlo con libros discutibles, pero inquietantes como Según el orden del tiempo.

Con Juan Agustín Palazuelos y su novela Según el orden del tiempo (Zig-

MONTEVIDEO, enero de 1963.